

**Quinta intervención ante el Ejecutivo de la Internacional
Comunista sobre la crisis del PCF
(Extractos de las actas del Ejecutivo de la IC)
León Trotsky
10 de junio de 1922**

(Versión al castellano desde “L’Internationale et le Parti français. “Extraits des Protocoles de l’Exécutif). Cinquième discours de Trotsky. Séance du 10 Juin”, en *Bulletin Communiste*, año 3º, nº 37, páginas 688-691. Organe du Parti Communiste (SFIC); también para los subtítulos)

<i>El pesimismo de Rappoport</i>	2
<i>El obstáculo: la cultura capitalista</i>	2
<i>El error democrático</i>	3
<i>La pretendida falta de hombres</i>	3
<i>Contra la cortesía formal</i>	4
<i>El papel de los individuos</i>	5
<i>Sobre una digresión</i>	6
<i>El fantasma de la guillotina</i>	6
<i>El trabajo comunista en los sindicatos</i>	7
<i>Lo que quieren los obreros</i>	8
<i>La Federación del Sena</i>	8
<i>Conclusión</i>	9

Trotsky.- Según mi parecer, en el curso de la discusión, y sobre todo ayer, se ha intentado en exceso un poco *explicar* la situación; incluso el camarada Brandler, y me parece que sin tener todas las informaciones necesarias, ha vuelto a empezar a explicar la situación, porque esta se presenta como sabéis, etc...

Naturalmente que para tomar una decisión hay que entender lo que pasa, hay que conocer el pasado. Pero, de todos modos, no somos un congreso histórico, somos una asamblea de la internacional y la tarea que queremos realizar no es solamente estudiar el pasado que ha determinado el presente, sino preparar el futuro, y para el futuro *hay que cambiar la situación actual*, hay que indicar los medios para lograrlo.

Ya he citado una vez, a propósito de la cuestión francesa, una consigna de Marx que dijo, en su obra sobre la filosofía de Feuerbach, que los filósofos ya han interpretado el mundo y que ahora lo que es necesario es cambiarlo.

Ahora no hace falta explicar, sino cambiar la situación en el partido francés.

Nuestro camarada Rappoport también ha pecado en sus discursos de sus repetidas tentativas de explicar la situación. Es esta una mentalidad que ha caracterizado mucho a la II Internacional, sobre todo al movimiento en Alemania, donde se era muy marxista, como sabéis, pero donde no se ocupaban más que de explicar y no de actuar revolucionariamente. Se explicaba qué pasaba como buenos marxistas, y se actuaba como buenos oportunistas.

Ahora, repito, se trata de actuar para cambiar la situación. El estado de ánimo del camarada Rappoport, muy característico, es un poco fatalista. Este es el mayor peligro para nuestro movimiento en Francia.

El pesimismo de Rappoport

Rappoport dice que Francia es el país de la pequeña burguesía, que esta influye en todo, etc. Esto es una explicación, no el medio para cambiar la situación. Pero es una explicación falsa que conduce a Rappoport a conclusiones completamente pesimistas, para emplear una sola palabra. Lo que ha dicho sobre la suerte del partido francés es absolutamente pesimista.

Según él, la pequeña burguesía le confirió en Francia al partido socialista durante la I Internacional un papel muy triste. Durante la II Internacional se trató del millerandismo, del briandismo. Y en la III Internacional es lo mismo. Tal es su conclusión.

Ahora bien, camaradas, yo no soy de esa opinión.

Durante la I Internacional fue el proletariado francés el que escribió la página de la historia de la Comuna. Solo el proletariado francés ha escrito esa página, la más gloriosa de toda una época, del período precedente al comienzo de esta revolución mundial dentro de la que vivimos.

Durante la II Internacional, el partido francés era parecido al partido alemán, con la diferencia que el partido alemán cubría formalmente, teóricamente, su oportunismo con una fraseología y un poco de teoría marxista. Mientras que en Francia se hacía la misma política de oportunismo, con más resplandor y más abiertamente, porque se estaba en un país republicano.

Y ahora, en la III Internacional, no veo en el pasado del proletariado francés ningún motivo para que no ejerza un papel digno de la conciencia histórica que ha acumulado, de su pasado verdaderamente heroico, de la civilización del país entero.

Se me ha dicho que si no he dibujado un cuadro pesimista es de todos modos un cuadro recargado: así se ha expresado Rappoport. Sin embargo, por el contrario, el cuadro más pesimista, el más negro, es el del camarada Rappoport, y el mío el más optimista.

El obstáculo: la cultura capitalista

Cuando analizo con vosotros la situación en Francia, digo: quien ha creado esa situación no es la pequeña burguesía. No hay que exagerar las fuerzas de la pequeña burguesía. Tomad al partido obrero inglés: en Inglaterra no hay pequeña burguesía, solo hay apenas una imponente burguesía. ¿Y acaso la suerte y el pasado del socialismo inglés son más brillantes que los del socialismo en Francia? ¡Pues no! ¿Qué era el socialismo inglés durante la I Internacional? Casi nada. ¿Y durante la II Internacional? Pequeños grupos socialistas y semisocialistas que han degenerado, como el grupo de Hyndman, y, por otra parte, un gran partido de liberalismo obrero. No había allí pequeña burguesía. ¿Qué había allí? Una gran burguesía, un capitalismo fuerte con un pasado de pujante civilización, una historia capitalista. He ahí el obstáculo: el muerto se come al vivo.

En Francia, como en Inglaterra, como en los países más civilizados donde el pasado es rico en cultura y tradición, el muro de la civilización capitalista se levanta contra el futuro. Cueste lo que cueste es preciso superar esos obstáculos de los que se sirve la burguesía a las mil maravillas. Hay que vencerlos. Y cuando el partido comunista sepa agrupar a los obreros según la nueva línea histórica, la línea revolucionaria, utilizando al mismo tiempo la civilización agotada que le confiere al obrero francés esa delicadeza, tendremos en Francia, confiemos en ello, el mejor partido comunista del mundo.

La crisis actual es una crisis de preparación para poder utilizar todo un rico pasado que constituye por el momento un obstáculo, pero que mañana devendrá la garantía de una acción de envergadura todavía desconocida en la historia.

El error democrático

El camarada Rappoport, cuando invoca a la pequeña burguesía, se aproxima a los elementos que por su parte invocan a esta pequeña burguesía que forman los campesinos, como Renaud Jean y Auclair, que dicen constantemente que los campesinos son las 4/7 de la población francesa. Rappoport dice también: ¿qué queréis de nuestro partido si los pequeñoburgueses son las 4/7 de la población? Hay que adaptarse...

Pero los campesinos son los campesinos, ¡y nosotros somos el partido obrero!

Si la pequeña burguesía ejerce la influencia de sus prejuicios alrededor de nosotros, ello no significa que nosotros debamos devenir los representantes de esa influencia. Queríamos crear en Francia un partido obrero. Lo hemos creado. La manera de apreciar la situación de los camaradas Auclair o Renau es completamente falsa y democrática.

Renaud Jean dice: “Nuestro país se ha visto gangrenado por décadas de democracia”, pero él mismo tiene una concepción absolutamente democrática. Cuanta los votos, dice 4/7 de la población, ¡establece una estadística! Eso es todo.

Entonces, ¿cómo explicar la revolución en Rusia, donde el proletariado es una parte mucho más ínfima que en Francia? ¿Qué prueba la revolución rusa? Prueba que con la estadística de la población, base de las maniobras de la lucha electoral en el país, no se hace la revolución. La fuerza del proletariado no se explica solamente, y no se determina solamente, por el número de proletarios. Hay que apreciar su valor, su papel en la industria, en la vida social, su concentración, su organización, su partido, etc., etc... Solo el proletariado puede arrastrar a las masas dubitativas de los campesinos, de los campesinos pobres, pero es él el sujeto de la historia y no el objeto arrastrado, es él el que hace la historia revolucionaria.

Ahora bien, en Francia, el proletariado es una parte mucho más grande de la población que en Rusia, con un pasado más rico, un nivel político más elevado. Las condiciones necesarias para la formación de un partido están, pues, dadas.

La pretendida falta de hombres

Siempre se nos repite: sufrimos de falta de hombres. Sí, si uno se mantiene siempre dentro de esa capa superior que siempre ha dirigido en Francia los destinos socialistas y parlamentarios de la clase obrera, formada por periodistas, abogados, intelectuales. En el partido comunista nos quedan muy pocos de esos elementos del antiguo partido. Es justo. Pero creo que debemos felicitarnos por ello pues incluso así quedan todavía demasiados.

Nadie se atreverá a decir que en la clase obrera misma no se puedan encontrar, si se busca con energía, si se abre la vía a los mejores elementos de esa masa, a los nuevos jefes, a los nuevos guías del proletariado.

¿Qué hemos visto en el pasado?

Por una parte, el partido parlamentario, por otra el sindicalismo. El sindicalismo, como hemos dicho en nuestra discusión, ha atraído hacia sí a la masa obrera porque ha ofrecido, aunque de una manera bastante falsa, la expresión de los sentimientos revolucionarios de los obreros en oposición a la política parlamentaria. Pero el

sindicalismo también ha hecho otra cosa. Les ha ofrecido la posibilidad a los elementos más enérgicos del proletariado francés de ponerse a la cabeza del proletariado. El movimiento sindical ha sido dirigido por los obreros.

He ahí el gran hecho. He ahí el gran valor, en el marco histórico de antes de la guerra y durante la II Internacional, del sindicalismo francés. He ahí la gran diferencia entre el partido y los sindicatos. En los sindicatos los obreros han visto siempre a algunos de los suyos a la cabeza. En el partido han visto a profesores de elocuencia, a periodistas y abogados.

Hay que cambiar la situación. Es preciso que en el partido los obreros vean a los suyos a la cabeza en todas partes. Naturalmente que eso no excluye a aquellos que han adquirido legítimamente una posición, aunque sean de origen burgués, pequeñoburgués, intelectual, etc... Pero, por regla general y no como excepción, son los obreros los que deben ascender en su partido. Es esta una gran tarea en perspectiva en la composición del comité director, como cuando se establezcan las listas de los candidatos a las elecciones. La cuestión es de primer orden.

Contra la cortesía formal

Dos o tres obreros, hábiles o no, que entrarán en el parlamento o en un ayuntamiento con un espíritu nuevo e incluso un poco arrogante hacia esa burguesía que crea sistemáticamente una atmósfera de cortesía y educación formales, rendirán más servicios al comunismo que decenas de intelectuales. En Francia esa atmósfera casi religiosa de cortesía es un potente medio de influencia a disposición de la burguesía, igual que en Inglaterra la Iglesia, como dice Lloyd George, es la gran estación eléctrica que pone en movimiento a todos los partidos burgueses e incluso a la mayoría de los obreros, pues Henderson y sus semejantes están incluidos en esa red eléctrica. En Francia es la religión de la cortesía formal, de la pulcritud formal, la que emplea la burguesía con habilidad contra el partido obrero. El diputado que entra en el parlamento es muy sensible a lo que se dice de él, a lo que piensan de él los profesionales de la cortesía formal como el finado Deschanel, y muy pronto se adapta y deviene más moderado. Al cabo de otro año ya no queda nada del espíritu que le ha llevado al parlamento.

Se ve lo mismo en el partido en las relaciones entre la dirección y la oposición. La dirección imita a la burguesía. Cuando aparece la oposición, se dice: pero eso son cuestiones personales. Se repite mucho ahora una frase de nuestro amigo Frossard: el partido debe ser una gran amistad. Naturalmente que lo deseamos todos. Pero cuando alguien critica, siempre se cita la frase de Frossard en este sentido: nada de críticos, nada de críticas, el partido debe ser una gran amistad. Al mismo tiempo, los elementos que están a favor de la cortesía formal jamás faltan, cuando tienen la posibilidad de golpear a la oposición con alguna frase equívoca o con ataques personales. Igualmente, la burguesía francesa, con toda su cortesía formal, se muestra la más rencorosa, la más arrogante de todas las burguesías, cuando se la critica en el parlamento seriamente. Así, vemos que la cortesía formal es un instrumento político de la burguesía contrarrevolucionaria. Hay que romper ese instrumento y para ello pongamos a obreros frescos y robustos en todas nuestras organizaciones.

El papel de los individuos

Rappoport nos dice: le concedéis demasiada importancia a los individuos. Aquí tenemos un reproche completamente inesperado, pero siempre se reciben del camarada Rappoport cosas inesperadas. [*Risas*]

Rappoport.- A veces agradablemente inesperadas.

Trotsky.- A veces...

A propósito de Fabre, dice: prestáis demasiada atención a los individuos y así confundís a las masas.

El partido francés realiza un gran trabajo entre las masas, no dudo de ello. Pero cuando hablamos de un partido comunista suponemos que el trabajo elemental que se debe hacer, se ha hecho, y nadie duda de ello, no hay necesidad de mencionarlo. Solo discutimos sobre las cuestiones que nos dividen.

Pero decir: le prestáis demasiada atención a los individuos...

Cartier.- ¡Sí, concedéis demasiado valor a los individuos y, si me lo permitís, responderé!

Trotsky.- Quien lo ha dicho ha sido Rappoport.

Cartier.- Ha dicho la verdad, es exacto.

Trotsky.- ¡Pues bien! Usted no hace más que confirmarlo.

Cartier.- Usted mismo, ¡usted mismo le concede demasiada atención a los individuos!

Trotsky.- Entonces, sobre esta cuestión, usted está de acuerdo con Rappoport, pero desafortunadamente yo no puedo estar de acuerdo con usted. [*Risas*]

Cartier.- Si me lo permiten, ¡seré yo quien responderá!

Trotsky.- Se lo ruego.

.... ¿? ¿?... [sic]

Cartier.- ¡Pues bien! Camaradas, he aquí la justificación de mi intervención. Lo siento porque puede que ello indisponga a la conferencia contra mí. Esencialmente tiendo a aportar una explicación.

Sabéis que aquí hay dos camaradas pertenecientes al comité director que llegaron el domingo. Ahora bien, ¿qué he constatado? He constatado que nuestro camarada Trotsky, inmediatamente después de nuestra llegada, nada más saberlo, ha hecho llamar a nuestro secretario general, al camarada Frossard, y ha olvidado llamar a nuestro camarada Cartier, que es un obrero manual, que no es un orador y, lo diré, que es brusco, pero que dice lo que piensa, y es un viejo militante. Trotsky sabe que durante la guerra, no solo he actuado en mi partido, sino también en Francia, que el ciudadano Cartier y yo [sic]¹ fuimos arrestados.

Durante todo el tiempo mantuve una absoluta intransigencia. Puedo decirlo sin jactarme de ello, yo soy el hombre, el representante exacto de la clase obrera y, sin embargo, Trotsky ha olvidado llamarme como lo ha hecho con Frossard. Sin embargo creo que represento a la verdadera clase obrera francesa. ¿Por qué es Frossard más que Cartier? Porque él, Frossard, es el valor más representativo de nuestro partido, porque es un valor oratorio e intelectual, mientras que Cartier es la cantidad despreciable del comité director. Si está en el comité director no lo hace como Frossard, no tiene ni su valor oratorio, ni su valor intelectual, pero tiene tras de sí su pasado, porque ha sido realmente un socialista, puede que sin tener en la cabeza toda la teoría de Marx, pero teniendo un valor combativo enérgico. Esto es lo que le digo al camarada Trotsky.

Usted también, Trotsky, le concede demasiado valor a las personalidades e individuos. Estoy curado de espanto al respecto.

¹ Da la sensación de que existe un desajuste en los nombres en la versión francesa o en las actas. NdT

Sobre una digresión

Sadoul.- Camaradas, pido la palabra para una puesta a punto, simplemente porque considero que es completamente inútil que el camarada Trotsky responda él mismo. Si Cartier conociese a Trotsky no le dirigiría ese reproche.

La reunión con Frossard fue fijada al margen del camarada Trotsky, y cuando este recibió a Frossard ignoraba por completo la presencia en Moscú de Cartier. Es pues muy inútil...

Trotsky.- De todos modos permitidme decir que nos pusimos de acuerdo con el camarada Cartier para un encuentro, y sabéis que un penoso acontecimiento en mi vida privada me impidió al día siguiente fijar el encuentro; apenas he encontrado tiempo para asistir a la sesión en la que intervine sobre la cuestión francesa.

Si creéis que este incidente ha sido causado por mi culto a los individuos, os equivocáis. Podréis decir como máximo que esa es una falta personalmente. Pero no se trata de eso, hablamos de actitud política.

En cuanto al camarada Frossard, no fui yo quien pidió el encuentro. Como ha dicho Sadoul, se me comunicó por teléfono que Frossard deseaba hablar conmigo, pregunté dónde podría verlo y se me respondió: quiere venir enseguida aquí. Eso es todo. Durante la conversación, o después, se me mencionó a Cartier como codelegado.

Cartier.- Camaradas, permitidme. Comprenderéis mi estado de ánimo. Soy un buen simplista, un primario, cuando he visto esa diferencia de trato, he compartido con mis camaradas de la delegación francesa que soy infravalorado, que soy tratado como un niño pobre. Se lo diré a Trotsky. He venido aquí para ver, para comunicar mi estado de ánimo, pues no soy partidario del frente único. Los argumentos no me convencen. Estoy aquí para buscarlos. [*Ruidos en la sala*]

Pero, entonces, a causa de ese incidente (veo muy bien que esto es un incidente), entenderéis que ante el hecho he querido señalar ese aspecto.

Sadoul.- Os equivocáis.

Cartier.- ¡Puede que me equivoque por ser demasiado franco!

Sadoul.- No dais muestras de la dignidad obrera, sino de la susceptibilidad pequeñoburguesa.

Cartier.- ¡Sadoul interpreta igual que un abogado, a su manera, la lengua francesa! He expresado mi estado de ánimo.

Trotsky.- No comparto la opinión del camarada Sadoul, su última apreciación, y confío en que durante esta conferencia tengamos la posibilidad de discutir con el camarada Cartier, de descartar cualquier malentendido.

Cartier.- La explicación está clara. Eso es todo lo que necesito. ¡Estoy contento!

El fantasma de la guillotina

Trotsky.- Camaradas, he tratado de demostrar que las explicaciones que se han ofrecido eran falsas. Pero incluso siendo justas, las explicaciones no nos bastan. Hay que cambiar la situación.

Ahora bien, la intervención sobre ese punto de nuestro camarada Brandler ha estado absolutamente, permitidme decirlo, desprovista de valor político.

Brandler dice: lo que propone Trotsky es... [*pronuncia la palabra alemana*]. En resumidas cuentas, es la guillotina de lo que ha hablado Rappoport, la guillotina de Souvarine. [*Risas*]

Me reprocha lo que Rappoport le reprocha a Souvarine, pero con una palabra alemana que me es difícil expresar en francés. Casi es la misma cosa.

[*Exclamaciones, ruido; se ofrecen diversas traducciones de la palabra alemana*]

Eso significa una operación quirúrgica en la que es preciso cortar el vientre.

En la sala: ¡No la cabeza, solamente el vientre!

Trotsky.- Pero también, como el camarada Rappoport con sus elefantes anónimos, Brandler no dice dónde es necesario hacer la operación. Entonces, ¿qué vale su crítica?

Después de haber tolerado durante dos años esa situación, dice Brandler que queremos forzarla. Y tras haber pronunciado un discurso caracterizando la situación del partido francés de una manera crítica, dice: “pero habéis tolerado equivocadamente durante dos años esta situación, ahora queréis forzarla bruscamente; os propongo tolerarla un tercer año”. [*Risas*]

¡Ese es el sentido de su discurso! No dice nada más, no propone nada. Pero ¿cree él que al final del tercer año la situación mejorará? En ese caso, sería de la opinión que la situación mejoraría por sí misma. ¿Y por qué nos reprocha haberla tolerado dos años si debe mejorar por sí misma?

Dice que es necesaria más precisión en el trabajo, más voluntad, más homogeneidad. Eso lo hemos dicho muchas veces, no hace más que repetirlo con un retraso de uno o dos años. Lo hemos dicho y redicho. Que vuelva a leer nuestros discursos, las decisiones y cartas del ejecutivo. Lo que queremos hoy en día es sacar las consecuencias y precisar las resoluciones, las decisiones, en pleno contacto con la delegación francesa.

El trabajo comunista en los sindicatos

Brandler dice que nosotros forzamos la situación. ¿Por qué? ¿Cómo? Porque en Francia no hay elementos que deseen alcanzar el resultado. ¿Qué resultado? Tener en los sindicatos a comunistas que sean comunistas.

Ahora bien, ¿qué pedimos? Que los comunistas en los sindicatos sean comunistas, que se sometan a la disciplina. Que el hecho de que trabajen en los sindicatos no les dé derecho a ser permanentemente insumisos ante su partido. Deben escoger. Pueden trabajar como libres pensadores a la manera de los Verdier y Quinton en los sindicatos si abandonan el partido, o deben someterse al partido si son miembros de él. Toda la cuestión radica ahí.

Brandler señala que, durante dos años, los comunistas han trabajado en los sindicatos a su manera, individualmente, sin someterse a la disciplina. Sin embargo, hemos pedido y exigido en varias ocasiones que se les imponga la disciplina. No lo hemos logrado. Ahora exigimos alguna cosa más.

Que se establezca la lista de los delegados comunistas al Congreso de Saint-Etienne. Que se convoque fracción del partido. ¡Que se examine y discuta lo que los comunistas han de hacer! Así se verá si hay en ellos comunistas que sean comunistas, prestos a cumplir con su deber hacia su partido, hacia la Internacional Comunista.

¿Acaso no es absolutamente necesario este primer paso? Y si se demuestra que las nueve décimas partes de los comunistas en el congreso no son comunistas, que no quieren someterse al comité director, esa sería una situación talmente triste que sería difícil prever las consecuencias.

Lo que quieren los obreros

Pero no lo creo. No es justo decir que los obreros franceses no quieren el acercamiento del partido y los sindicatos. Eso no es justo. Son los burócratas de los sindicatos los que no quieren ese acercamiento, porque temen a la competencia de los intelectuales del partido.

Los obreros quieren la revolución. ¿Por qué Jouhaux ha tenido los medios para llevar a cabo su voluntad de escisión? Porque se ha servido de la presión irresistible de los elementos revolucionarios en los sindicatos. Por tanto, la forma de los sindicatos no es para los obreros un fetiche absoluto, por encima de todo. Lo que les importa ante todo es el fondo.

¿Qué quieren los obreros? Los revolucionarios quieren el instrumento de la revolución. Para unos, ese instrumento es el sindicato. Para otros, es el partido. Cuando esas organizaciones se aproximan para objetivos revolucionarios y por su intransigencia, y no solamente con palabras, los obreros aclaman al mismo tiempo al partido y al sindicato.

Pero están los burócratas de los sindicatos, que se llaman revolucionarios, que constituyen camarillas con sus clientelas, con sus capillitas, y que dicen: “no toquéis nuestros dominios, es nuestro coto de caza.” Si el partido se mantiene al margen, ellos mantienen sus dominios y los amplían continuamente. Pero en el momento en el que el partido se presenta como partido obrero y expresa su pensamiento, su voluntad, entonces la camarilla, la burocracia, se ve entre la presión física de la masa y la presión ideológica del partido. Si no quiere marchar con las masas, es aplastada.

Digo, pues, que los comunistas deben crear una fracción en el congreso sindical. ¿Acaso esto excluye el bloque con Monmousseau, con los sindicalistas doctrinarios? Por nada del mundo. El bloque es completamente posible.

Si, para cambiar la mayoría, hacemos concesiones a los sindicalistas color Monatte-Monmousseau lo haremos como partido, tras haber apreciado y precisado en el partido comunista, o en la fracción comunista del congreso, todas las modalidades, todas las posibilidades. He ahí lo que debe exigir la internacional.

¿Tenemos derecho a pedir que cada comunista se someta a las resoluciones votadas? Esto, simplemente, es elemental. También veo demasiado pesimista el estado de ánimo del camarada Brandler. Se diría que el partido francés, que el movimiento obrero francés, están talmente enfermos que hay que dar un gran rodeo, hablar a media voz, tener extraordinarias precauciones, como ha escrito Ker. Eso no es justo. No, no es justo. El movimiento obrero y los elementos más revolucionarios que lo dirigen están completamente sanos y son serios. Harán un buen trabajo, sobre todo ayudados por la internacional. Eso es todo lo que pedimos.

La Federación del Sena

En entrevistas privadas me han reprochado que haya sacado a relucir la cuestión de la Federación del Sena. Se me ha dicho: “De todos modos no se puede resolver la cuestión del Sena aquí: es una cuestión local”.

Ahora bien camaradas, creo que no habrá jamás revolución proletaria en Francia sin el cambio de espíritu y de organización en la Federación del Sena. [*Vivas aprobaciones*]

En Francia no se hace la revolución al margen de París. E incluso para prepararse para esta revolución hay que tener un partido centralizado, y el comité director no puede dirigir el partido sin, y sobre todo contra, la Federación del Sena. En

nuestro caso pasa lo mismo: ¿acaso se podría haber dirigido el partido ruso contra la organización de Moscú, tanto antes de la revolución como durante la revolución?

El comité director debe crear su plaza de armas. Y esa plaza de armas es París, y la organización de París es la Federación del Sena. También estoy seguro de que en esa federación se encontrará a elementos que comprenderán muy bien sus errores cuando se los expliquemos. Camaradas de las secciones obreras de París creen encontrar en el pasado del movimiento francés la justificación del federalismo. Es completamente falso. Porque el principio federativo en la vida del partido siempre lleva, en realidad, al predominio de una oligarquía anónima.

Si no hay una cabeza en la organización (como el comité que debe dirigir esa organización) y una continuidad de acción permanente, inevitablemente surgen elementos fuera de control que toman las riendas y dirigen la federación sin que la masa dude del por qué y el cómo. Y ese sistema completamente amorfo siempre lleva al resultado contrario al buscado.

Mientras que hay una organización centralizada con un comité a la cabeza, limitado pero completamente responsable, existe la posibilidad verdadera de control.

La forma federativa nos explica por qué la extrema izquierda sostiene como secretario general a un camarada de extrema derecha. He ahí a qué lleva la forma federativa: al resultado contrario al buscado. Hay, pues, que plantearle a la comisión la cuestión del Sena.

Conclusión

Todas las cuestiones que plantearemos las plantearemos de forma natural, no como grandes maestros [...] menos aun como médicos junto al lecho de un moribundo. ¡Nada parecido! Pero sí como la internacional, cuyos representantes están reunidos y quieren llegar esta vez a resultados completamente precisos.

No he enumerado todas las propuestas necesarias. Se harán ante la comisión. Pero lo que es necesario es que esta vez las resoluciones adoptadas sean obligatorias para todos. Porque la causa de la decadencia de la II Internacional es tomar resoluciones y no aplicarlas. Nosotros no podemos tolerar eso.

Si se piensa que no estamos bastante informados, entonces que se nos informe, que se prolongue la discusión. Seré el primero en pedirle al ejecutivo todavía una jornada más, dos jornadas más, para que se nos ofrezcan, sobre todo por los camaradas franceses, las informaciones que nos faltan. En la comisión, trabajamos veinticuatro horas al día, si hace falta, para examinar todas las informaciones necesarias, para que nadie, después de eso, se atreva a gritar: “la internacional no está suficientemente informada.” Queremos estar informados hasta el final, hasta el fondo.

Pero tras haber formulado las decisiones, pediremos que sean aplicadas también hasta el final y a fondo.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es